





Para Martina y Quique

Navidad 2023

© del texto: Enrique Lillo Alarcón

© de los dibujos: Alejandro Piera Lillo



Nadie abría la puerta, a pesar que por la impaciencia y los nervios del momento habían hecho sonar el timbre varias veces.

- Ding, dong.
- Ding, dong.

Doblaron la esquina y corrieron hacia el ventanal que daba al comedor de la casa. Como en un grupo coral aparecieron frente a los cristales traslúcidos seis caras blancas de ángeles, con los mofletes y las puntas de las narices enrojecidas por el frío de diciembre, tenían mucho que ver a través de ellos. Aguzaron la vista y pudieron observar entre los polvorientos y húmedos cristales la figura de la anciana Carmen, descansando su cabeza sobre el respaldo de la mecedora donde dormitaba acompañada del gatito Ron; la luz de la sala era muy tenue y sólo alumbraba el resplandor de las ascuas de un brasero con el que calentaba sus pies fríos.

- ¡Está dentro y no nos ha querido abrir! - Vociferó Pepe.
- Seguro que no nos ha oído - Replicó María.
- Pues si no nos abre nos quedaremos sin aguinaldo - Dijo Martina.

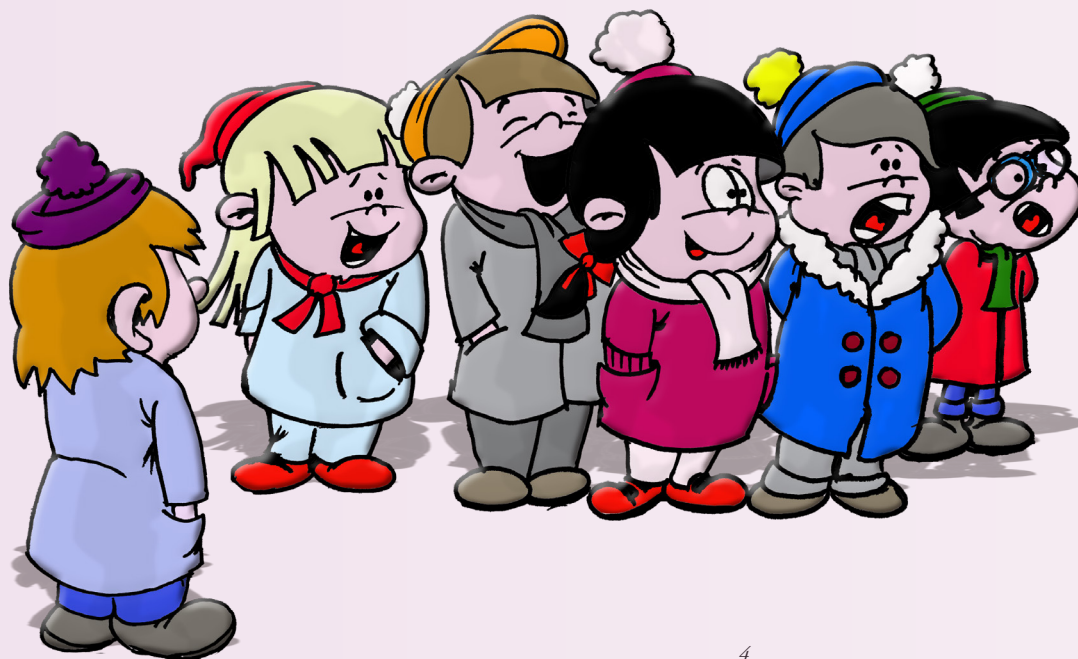


Llevaban los seis niños desde las cuatro de la tarde de esa víspera de Navidad, casa por casa, llamando a las puertas y cantando villancicos, para sacar un poco de dinero con que comprar chuches y algunos bollos en la pastelería de Fidel, y no se les había dado mal, habían sacado veinte euros con cincuenta, lo necesario para una buena merienda antes de ir a casa para la cena de Nochebuena.

- ¡Tengo una idea! - Dijo Quique - Nosotros golpearemos los cristales mientras que vosotros aporreáis la puerta y tocáis el timbre.

Fue tanto lo que insistieron que la anciana despertó de su letargo y se apresuró a abrir la puerta de la calle; en ese momento, los que estaban en el ventanal corrieron hacia allí y formaron, apresuradamente, el coro.

La puerta se abría lentamente, chirriando sus goznes por la falta de aceite, y cuando estaba abierta hacia su mitad, Martina hizo un movimiento de brazo.



- Campana sobre campana,
y sobre campana una,
asómate a la ventana,
verás al Niño en la cuna.

Ante ellos apareció el rostro dulce de la anciana, con los cabellos teñidos de nieve, sus lindos ojos azules y esa eterna sonrisa que iluminaba siempre su cara. No tenían mucho contacto con ella, a veces la habían visto salir de la tienda de ultramarinos del señor Felipe, cuando regresaban del colegio, y ya en la calle siempre se quedaba mirando al grupo, sonriendo con dulzura.

Terminado el villancico, la anciana Carmen les invitó a pasar a su salita, encendió todas las luces de la casa y todo allí se iluminó, como en los pasados días de cena de Nochebuena, cuando lo celebraba toda la familia; ahora no quedaba nada, sólo la soledad y la espera en su mesa camilla.

Un poco asustados se sentaron los seis alrededor de la mesa, sin saber qué decir, ni qué contar; en definitiva, ellos ya habían hecho su parte, cantar el villancico, pero el aguinaldo no había caído todavía. Carmen rompió el hielo:

- No tengo mucho que daros,
unos céntimos que ahora os daré,
pero tengo un buen chocolate que he preparado para merendar yo.





Todos callaban, sólo Quique se levantó rápido de su silla de enea y dijo:

- Ahora vengo.

Mientras, la anciana Carmen se fue despacio hacia la cocina para preparar las tazas de ese delicioso chocolate que perfumaba el ambiente.

Casi volvieron a la vez, Carmen de su cocina y Quique de la calle, era el responsable de guardar el dinero que habían recibido del aguinaldo. Martina ayudó a colocar las tazas sobre la mesa, y cuando apareció Quique en la puerta de la calle traía una rosca enorme de churros para acompañar el chocolate.



- ¿No te habrás gastado todo el dinero del aguinaldo? - Dijo Martina un poco enfadada.

- No, sólo dieciocho euros, todavía nos quedan dos con cincuenta - Respondió Quique.

- Eso es casi todo el dinero que tenemos - Dijo Pepe.

- Pero está bien empleado en una tarde como la de hoy - Volvió a decir Quique.

- Quique tiene razón, nosotros tenemos mucho que ver en lo que estamos haciendo con la anciana para que se sienta feliz.



Todos callaron, se miraron entre sí y a la anciana, que les dijo:

- Vamos niños que se enfría el chocolate y los churros.

Mientras comían, la anciana les contó cómo era su vida cuando era de su misma edad, lo bien que lo pasaba las noches de Nochebuena y el siguiente día de Navidad, toda la familia alrededor de una mesa, comiendo, pavo y turrón, cantando villancicos, riendo y bailando un poco; recorrer las calles cantando villancicos por las casas para sacar el aguinaldo, los juegos en la calle iluminada esa tarde para la ocasión.



Entre risas, cuentos, historias y churros, pasó la tarde; el reloj de cuco del pasillo avisó que eran las ocho con su repetido cucú. Todos dijeron al unísono que debían de volver a casa para la cena y comenzaron a levantarse. Martina y Espe ayudaron a la anciana Carmen a llevar los restos de la merienda a la cocina. Luego, en la puerta de la calle se miraron antes de decir adiós; pudieron ver como los hermosos ojos azules se ponían vidriosos al despedirse. Martina dijo:

- No lllore usted, señora Carmen, le prometemos que vendremos muchas tardes a estar aquí con usted, a escuchar sus historias y merendar.

- No lloro hija, es este relente frío que me empaña los ojos. Aquí os espero, no tengo otra cosa mejor que hacer.

Se despidieron con amplias sonrisas,

y en el pensamiento de todos quedó grabada por siempre la misma sentencia:

Todos tenemos mucho que ver en hacer algo por los demás.





